

# PASADA LA TEMPESTAD

(LEYENDA GUAYMI)

Por JOSE FRANCO

Tuclu es el dios de los indios guaymíes que según ellos ha sufrido más y el que recuerda a los tiranos de nuestro tiempo. La leyenda lo evoca llorando por los montes, seguido de una pléyade de mujeres de mal vivir, que lo acompañan en su destierro infernal. Tuclu es el Dios del mal y del desengaño amoroso.

Sucedió en tiempos remotos, cuando el hombre iniciaba su existencia y tenía que enfrentarse a los peligros más disímiles, entre fieras y animales salvajes que hacían del istmo tierra de peligro y de cuidado.

Tuclu dominaba la región de Suquia, entre el nacimiento del río Tabasará y las llanuras de Coclé, en el Pacífico; o lo que podríamos llamar hoy las provincias centrales.

Este jefe se distinguía por su crueldad y por su sed de riquezas, al extremo de convertir sus dominios en tristes zonas donde la muerte aullaba y la miseria había tendido su tolda despiadada.

Costumbre favorita de Tuclu era la de reunir en cierta época del año a las doncellas de su reino, para luego celebrar con ellas orgías que terminaban en crueles tormentos y mayores sacrificios. Reunidas en un corral las jóvenes víctimas, las obligaba a ingerir una fuerte cantidad de Tomicayu, bebida fermentada hecha de maíz y de otras extrañas raíces de la selva. Tuclu se divertía mirando aquel espectáculo, macabro a medida que se acentuaban

los efectos de la terrible dosis. Porque una vez que abusaba de sus víctimas, las hacía pasar a sus habitaciones situadas en lo alto de una colina, para luego arrojarlas a un precipicio en cuyo fonde un pozo de lagartos hambrientos devoraban la infortunada presa.

Pero si en esos asuntos era bárbaro Tuclu, no menos lo fue en el manejo general de su pueblo al que golpeó, robó e impuso el gobierno más cruento que registra la historia.

No obstante, un día aconteció algo de lo que se habló mucho. Fue una noche densa, de un octubre crudo que llenó de pavor a los indios de Suquia.

Lluvias continuas habían hecho corrientes de los caminos, mientras los ríos fuera de cauce sepultaban plantíos e iban a destruir sitios poblados que perecían indefensos.

A las lluvias siguieron vientos furiosos y a éstos truenos violentos que gemían como un cíclope herido. Pero ésto era apenas el inicio de algo sorprendente que iba a suceder pasada la tempestad: pronta aparición del humo rojo del volcán Chitra que significaba la derrota del mal y el advenimiento del Dios Tolondango, el Dios de los hombres que volvía a juzgar a los buenos y a los malos.

Y así fue. El humo a medida que ascendía iba tomando contornos humanos, hasta forjar una figura humana, visible en toda la comarca.

Unos huyeron despavoridos, otros murieron de terror, pero a todos alcanzó la voz poderosa que dominaba las alturas y que así dijo: he vuelto para decirles que Dios ha muerto y que los pueblos en adelante juzgarán a sus jefes como ahora ustedes a Tuclu.

Y dicho ésto se perdió en el vacío, no sin antes hacer de sus palabras sabias enseñanzas.

Y comenzó la conspiración, la lucha armada por valles y montañas. Y un día triunfaron porque habiéndolo preparado todo evitaron los errores que retrasan la acción revolucionaria.

Y así una mañana sobre el palacio de Tuclu las ocarinas anunciaron una nueva época de paz y trabajo. Y Tuclu fue ejecutado con el peor de los castigos: fue mutilado sexualmente y condenado a vivir errante en la selva, desnudo, huyéndole a un jauría de voces que lo persiguen inclemente.

Todavía hay gentes que oyen esos lamentos que bajan de la cordillera.